

Agarrado a su mano

Sergei y su madre huyen para llegar a casa de sus abuelos en la zona no ocupada.

El padre se queda para que los invasores no les quiten la casa, además es difícil que le dejen pasar a él porque tiene que estar disponible y localizado por si le llaman para ir al frente. Las casas vacías son saqueadas. Sergei no quiere que le roben sus juguetes. Lloro cuando se va. “Papá...cierra con muchos candados y ven”, se despide.

El padre de Sergei tiene una carpintería y tampoco puede abandonarla. Es su modo de vida...”esto no puede durar siempre”. Ya casi no tienen trabajo. Tampoco tienen paz ni sosiego ni alimentos...

A su ciudad llegaron los bombardeos hace un mes y en una semana, el paisaje era una oda a la destrucción, a la barbarie.

Su madre y Sergei se pasaban la mayor parte del día encerrados en casa. Desde la ventana veían humo a lo lejos, se oían ráfagas de metralleta... Su madre algunas veces salía a por comida. Pero casi no hay dónde comprar ni qué comprar. “Según dice mamá, ya no están abiertos ni el mercado ni el gran centro comercial que había en la ciudad”. Sergei subía al cuarto piso donde vive su amigo Iván.

Su madre dejó de ir a la oficina donde trabajaba como administrativa. La empresa quedó temporalmente cerrada. “Mamá dice que han roto todos los cristales de las ventanas y los papeles vuelan por todos los lados”, le contaba a Iván.

También se cerró el colegio. “Los profesores un día nos dijeron que ya no iban a volver porque nuestra ciudad era el objetivo de los aviones enemigos. No, no era como en los juegos del ordenador...estas bombas matan y destruyen nuestras casas. Tampoco recibo mis clases de guitarra, ni de dibujo. Creo que mis profesores se han marchado...”.

Sergei no entiende por qué los mayores hacen esto. “Ellos que siempre nos dicen que hay que portarse bien y perdonarse y hablar todo lo que haga falta pero nunca pegarse, porque eso no soluciona nada... y mira... Recuerdo una vez que me peleé en el patio con León porque me quitó el balón nuevo que me había regalado mi padre. Mi maestra me aconsejó que tratara de convencerle para que me lo pidiera de buenas maneras. Me decía: habla con él y seguro que llegáis a un acuerdo...León te dejará otro de sus juguetes...pero no os

tenéis que pelear. Luego nos tuvimos que pedir perdón. Esta gente que ha venido a nuestra ciudad no ha debido de ir a ninguna escuela”.

Iván y Sergei se quejaban de que ya no les dejaban jugar ni salir a la calle ni verse con otros amigos. No podían ir al cine de la biblioteca, y la televisión casi nunca funcionaba.

Sólo salían del edificio cuando había alerta de bombardeos. Entonces todos bajaban a los sótanos, antiguos almacenes de patatas y cereales, cerca de casa. Sergei había visto en la tele que en algunas ciudades la gente se escondía en los pasadizos del metro. Ese momento le gustaba al niño porque se reunía con otros chicos del barrio. Sólo se oía a los más pequeños. Les mandaban callar. Hablaban en susurros. Sergei notaba como la gente mayor tenía la huella del miedo marcada en la cara. El niño vio a su vecina, doña Natalia, una señora de mediana edad sentada en una silla plegable. Sergei adoraba a esta bella mujer que siempre estaba contenta, y cuando reía, abría sus labios pintados de rojo y mostraba sus blancos dientes. Desde hace un tiempo siempre estaba seria. No se reía. No se pintaba los labios.

La tensión estaba terminando con la vida de su barrio, de su ciudad.

Sergei le preguntaba a su mamá por qué cada vez había menos gente en los sótanos. Ella le explicaba que quizás habrían huido o estarían en el hospital... Ella sabía que algunos estaban muertos y que muchos hombres habían tenido que alistarse en la guerra, en esa guerra que ellos no habían empezado.

“El momento definitivo que hizo a mi madre tomar la decisión de salir cuanto antes de ahí, fue con la destrucción parcial del hospital. Ella dijo que sólo quedaba en pie el cementerio y que no quería ir a allí. Habló con mi padre y decidieron que lo mejor era que nosotros nos fuéramos a donde mis abuelos”. Ellos viven lejos y allí no hay guerra.

A Sergei le parece muy raro que la guerra fuera en un sitio sí y en otro no. “¿Y por qué habrá escogido esta ciudad?”, se pregunta. El niño imagina que cruzarán el puente de la carretera que va a la casa de sus abuelos y dejará de oír el ruido de las bombas para oír el canto de los pájaros, y los ladridos de recibimiento de Tol.

Los niños le felicitaron cuando les anunció que se iba. “Qué suerte, ese es el mejor refugio”, le decían con envidia.

Pero el viaje está resultando muy largo y no se parece en nada al que hacían cuando iban de vacaciones en verano.

Va de la mano de su madre. La agarra con fuerza. Tiene mucho miedo y está cansado. Quiere que acabe esta huída. Quiere llegar...y falta tanto... quiere llorar...”pero mamá me dice que tengo que ser fuerte”.

Ya han pasado varios controles. Es un viaje arriesgado y largo. En autobús. En tren. Incluso una noche tuvieron que caminar en la oscuridad con más gente. Sergei no pregunta por qué pero sabe que tiene que ir en silencio y agarrado a la mano de su madre. Hay más niños y más madres.

“Todos estamos muy asustados. Pasamos por sitios peligrosos. Se oyen disparos, vemos soldados, vemos gente caminar por la carretera con sus maletas a cuestas y no tenemos tiempo de jugar. Siempre huyendo”.

“¿Estos mayores nunca se van a pedir perdón? Mi maestra les hubiera obligado a recapacitar como a León y a mí. Ahora somos mejores-amigos”, recuerda con nostalgia Sergei echado sobre las piernas de su madre.

Hoy es el último trayecto. Queda poco para salir de la guerra y encontrarse con sus abuelos.

“Mamá, ¿y si la guerra nos sigue?, ¿a dónde iremos? ¿se nos acabará el mundo de paz?”.